



JULIO PEÑA

No hay otro sitio libre en la sala a esta hora del café que el mostrador del bar. Allí, encaramados en los altísimos taburetes, tenemos nuestra charla con el celebrado galán cinematográfico, que cambia pronto su gesto risueño por otro preocupadísimo al conocer nuestro tema "tan peliagudo". Piensa que el marcar preferencias determinadas podría parecer despegó hacia todo lo restante, idea de la que él está muy lejos, y cuando le prometemos hacer esta salvedad en nuestra referencia, ya prosigue más tranquilo y tan risueño como al principio.

—¿Para qué vamos a hablar del tipo ideal?— pregunta a su vez—. Eso está claro... Todos sabemos cómo es el tipo ideal de mujer.

—Si, aproximadamente; pero veamos, ¿alta o baja, gruesa o delgada?—decimos para forzar la respuesta.

—No, no muy alta, y mejor delgadita, morena... ¡Bueno, tampoco hay que olvidar a las altas y rubias! Es que la cosa varía si se trata de la mujer ideal para casarnos o de las mujeres ideales con las que no nos hemos de casar. Estas pueden ser altas, vistosas, incondicionales del "swing" y de diez y nueve a treinta y un años. "La otra" tiene que ser morena, algo menuda, poco llamativa, de ojos azules o negros, boca grandecita, dientes blanquitos y de veinticinco años de edad.

—¿Y la barbilla?

—Esto no me preocupa. ¡Ah, y que sea chatita!

—Y muy lista, ¿no?

Lo suficiente. Creo que, en principio, ningún marido quiere verse superado en ninguna cualidad por su mujer. Por eso no pretendo que la mía ideal descuelle, por ejemplo, como escritora. Pero

si quería que fuese buena, que me gustaran los conciertos, que me gustara la ópera, que fuera un poquitín aficionada a algo de montañismo, de tenis y de ciclismo—y, en fin, que perteneciera a una familia acomodada, que me gustara el piano, para tocarlo alguna ocasión, y ya está.

—¿Qué hay de su indumentaria?

—Me decido por la máxima elegancia. La novia, es ella de verdad la ideal, y entonces viste tanto como un traje negro y un abrigo de pieles de invierno, y unos zapatos sobrios y de suela fina, y un zapato sobrio y de suela fina, y el pie pequeño. Y para estar cómodas mientras yo leo el periódico y el radio, cualquier cosa también sirve. una chaquetita, un jersey mono y una clara. ¿Eh? ¿Qué tal?

—¡Magnífico!—rubricamos al tiempo de reintegrar a su tertulia de amigos a Peña, este actor sobrio y expresivo, tiempo, que queda infantilmente feliz por haber encontrado una tan laboriosa receta de "la mujer ideal casarse".

—Ocurra que la mujer ideal no existe—asegura Carlos—. O, mejor dicho, no existe desde que nos enamoramos.

—¿Haces el favor de "doblar eso en castellano"?

—Muy fácil. Hasta que uno tiene el corazón salquilado puede preferir y teorizar; pero cuando vea a la novia, es ella de verdad la ideal, y entonces nos damos cuenta de que nos habíamos enamorado de algo contrario generalmente a nuestra teoría y va muy bien—. Pero abríome a la anterior. Esa mujer por quien preguntas la que tiene de alta unos cuatro dedos menos que yo, y de los otros dos años menos que yo.

—¿La dejamos en veintiuño?

—¡Magnífico, magnífico! — dice frotándose las manos.

—¿Ojos, nariz?

—Ojos... cegadores, nariz helénica, boca abombada, y la figura, gracia, agacelada. Pelo castaño, y los dedos pequeños, manos delicadas...

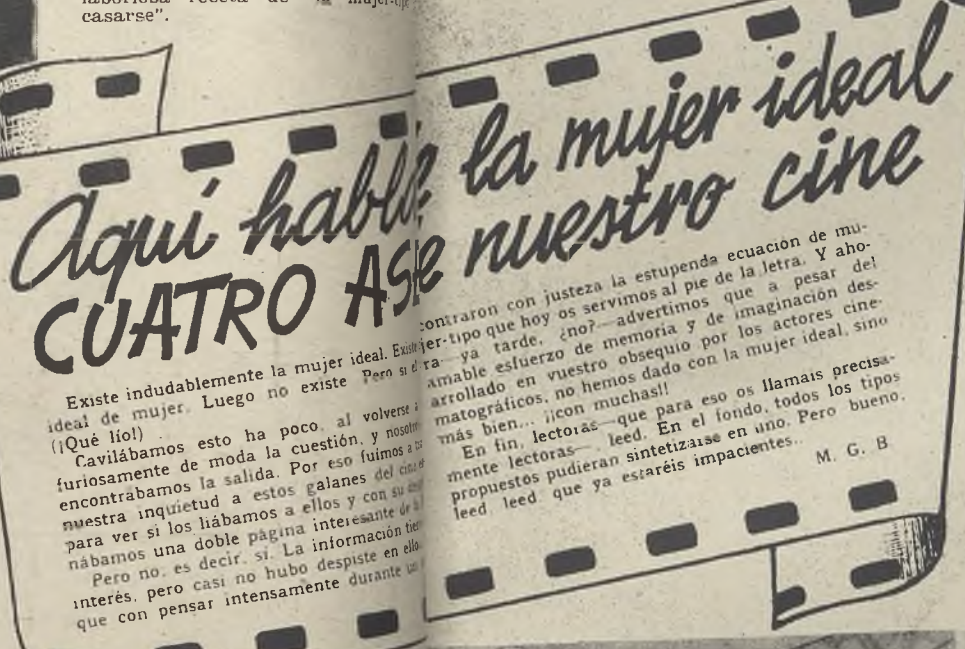
—¿Y la barba?—decimos interrumpiendo la rápida descripción.

CARLOS MUÑOZ

Existe indudablemente la mujer ideal. Pero si el ideal de mujer. Luego no existe. Pero si el tipo ideal de mujer que hoy os servimos al pie de la letra. Y ahora ya tarde. ¿no?—advertimos que a pesar del amable esfuerzo de memoria y de imaginación desrollado en vuestro obsequio por los actores cinematográficos, no hemos dado con la mujer ideal, sino más bien... ¡¡con muchas!

En fin, lectoras— que para eso os llamamos precisamente lectoras— leed. En el fondo, todos los tipos propuestos pudieran sintetizarse en uno. Pero bueno, leed leed que ya estaréis impacientes.

M. G. B



TONY D'ALGY

Desde luego, para Tony la mujer es lo decisivamente magnífico de esta vida. "Hay que dejarse de tonterías": el mejor contrato, el mayor éxito artístico, nada, en fin, es tan importante como una mujer plantada que sepa comprender al hombre y quererlo.

—Veamos—comienza abismándose bien adentro, muy interesado— ¿entonces la edad-tipo es...?

—Cualquiera de las comprendidas entre las cifras adorables de veinticinco a treinta y cinco años.

—Retratemos a "la mujer" empezando por el físico.

—Pues que tenga el tipo que podríamos llamar español actual que nuestra mujer ha cambiado mucho desde hace poco tiempo, hace no más de diez años.

—¿En qué sentido?

—En el de la estilización. Ahora es más alta, esbelta, de líneas más acusadas, de cintura estrecha, de piernas altas, etc. Ese es el tipo ideal. Ahora bien, y sin hacer de menos a las morenas, mi preferencia va a la rubia, rubio claro. Tal vez porque soy un poco pintor me voy a los tonos suaves y acordes; o tal vez también porque soy moroso decido, naturalmente, por lo rubio. Los ojos deben ser claros y los sensuales, gordezuelos. En cuanto a la nariz, me da igual: para mí cuenta, porque cuando hablo con una mujer me quedo en sus ojos y apenas si hay tiempo para reparar en la boca. ¡Ah, dentadura!

—Hablemos ahora del modo de ser femenino ideal.

—Quiero en la mujer el mejor amigo, no un objeto de lujo para templarlo exclusivamente. Por tanto, ha de ser casera y muy práctica y aun más de aquello que de esto. Y culta, con lo que está diciendo todo, porque le gustará la música, la literatura, etc. Ojalá sepa hacer buenas cartas, que no es poco, aunque no domine los signos de puntuación. ¡Pero que no cometa faltas graves de ortografía, por Dios! Yo creo que no sé leer las cartas con muchas faltas, aunque me las hubieran mis admiradoras, y, menos, contestarlas, que supone aceptar complicidad francamente delictiva contra la Gramática. Digo, pues, que la mujer debe ser culta; aunque no demasiado, porque podría llegar a ser terrible. Y practicante de algún deporte apropiado a ella, entre ellos el natación y la equitación. Que tenga una fuerte personalidad como puede mostrarse simplemente con un bello lenguaje de pie y manos, porque es que los hay también tontos é inexpressivos; que el apretón de manos puede señalarlos, en cambio, la presencia de un carácter. Que su arreglo no sea excesivo, como una vana y preocupada.

—¿Y qué hay de su atavío?

—Muy sobrio. Un traje sastre, deportivo, un sombrero clásico, tipo "frégoli" o del "trotteur" francés, y un zapato sencillo y corriente que por nada del mundo permitiría que fuera "pédico".

